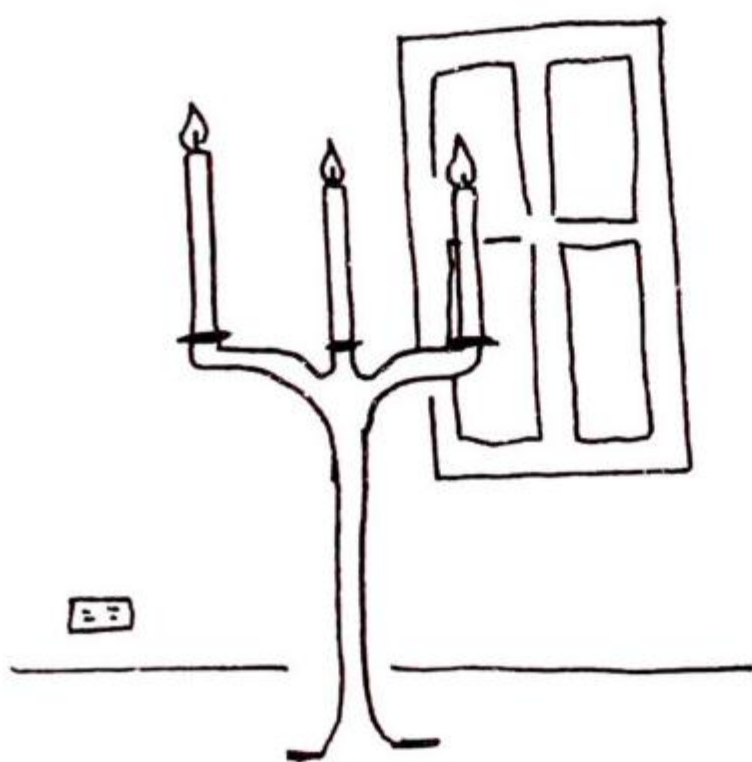


prejuicios, sostienen la grávida levedad de un canto ceñido a su materia pero a la vez hondo de vida y gracia.

Sólo que en sus mejores momentos el libro se abre hacia una sugerencia misteriosa de palpitación armónica con todo lo circundante, que lo alza y lo sitúa en una más conturbadora dimensión:

*Pasó un ciervo blanco
Por el sigilo húmedo del bosque
Y en la sombra despertó tu
[desnudo,
La tierra fue de nuevo mi deseo.*

Ese saberse inmortal, en lucha contra los poderes terrenales, le confiere un sello distintivo y único: el de una poesía, que sin eludir la historia, Troya, Roma, y su propia historia personal, de adolescente en una capital de provincia, funde todo ello, incluido barroco español y romanticismo alemán, en un canto terso y deslumbrante. El diáfano canto de un joven maestro sorprendido por el milagro del mundo, que luego, en su *Diario*, trata de razonar, sea a través de Georges Bataille, la compleja y ambigua dualidad entre conciencia y sexualidad. Entre un lenguaje que diga al cuerpo y un idioma, lastrado de culpa y prejuicios, incapaz de recobrar el estallido solar del erotismo. Esto es lo que hace grande al libro y decisivo su aporte a la poesía latinoamericana del momento.



Desde la clerical, reprimida y maliciosa Colombia, tan lastrada por su machismo, Gaitán intenta un canto de libertad. Curiosamente, su fi-

gura poética es la del guerrero vencido por su propio ímpetu. La de quien arde en el fuego que suscita.

JUAN GUSTAVO
COBO BORDA

La lluvia es mi paisaje interior

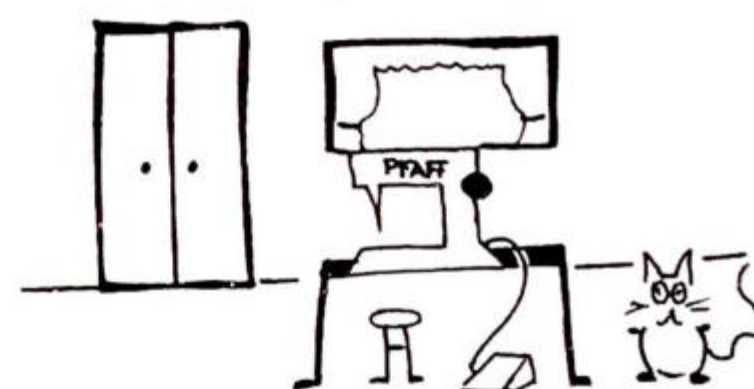
**Las palabras
son puentes
que nos separan**

Samuel Vásquez

s. n., Medellín, 1999, 88 págs.

Puede leerse en la solapa del libro *Las palabras son puentes que nos separan* (Medellín, 1999) del pintor, dramaturgo y músico Samuel Vásquez, que el autor ha negado la publicación de sus textos por considerar que son palabras para oír y no para leer. Y aunque el libro tenga su advertencia a manera de escudo (“No esperes nada del libro / Es el libro quien espera de ti”), tal confesión nos dispone —al menos así ocurrió con quien escribe estas líneas— primero a recibir una poesía de corte experimental (pienso en esta máxima del poeta experimentalista Heissenbüttel: “La poesía comienza donde termina el sentido”); segundo, a pensar que quizá sus textos de alguna manera emitan la música o la sugieran (pienso en el poemario fonético, *Sprechgedichte* o “poemas para ser leídos en voz alta” del poeta Ernst Jandl, de quien escribió Felipe Boso: “leer a Jandl es muchas veces tarea inútil. Sus poemas hay que oírseles a él personalmente o a través de varios de los discos que lleva editados”); y tercero, lo que finalmente fue, que ese “oír” (el de Vásquez) se refiriera a la palabra interior, a la que rehúsa la voz de estrado y antes que hacerse leer prefiera hacerse pensar. De hecho, sus poemas son pensamientos en versos, que tienen que ver mucho con los argumentos específicos de

la filosofía del siglo XX, como son la valoración de la existencia individual, el sentimiento trágico de la inmortalidad humana, la intuición frente a la lógica, la experiencia humana como un diálogo entre el individuo y Dios, la afirmación de los propios valores, la responsabilidad ética de los actos y, lo que en nuestro caso es lo más relevante, la importancia de la literatura como fuente de expresión filosófica.



Conceptos que Samuel Vásquez dilucida con redefiniciones y observaciones; con reflexiones abordadas desde la mente del poeta, desde la percepción y la emoción. Aunque a veces parecieran estar sostenidas sobre un solitario ingenio (la sentencia breve y doctrinal) que, de lo recurrente, se torna molesto e insidioso, no tanto por las verdades que encierra y que en determinado momento nos pueden erizar, sino por estar anunciadas con acento de maestro sentencioso, con cierta entonación profética, como si las pronunciara el portador de la última palabra, que —¡tanto va el agua al cántaro!— termina de alguna manera siendo también un poco Dios. En efecto, cuando este arsenal de chispas es acertadamente explotado, surgen textos como *Raquel, un grito silencioso* (uno de los cuatro apartes del libro), que sin duda constituye un interesante logro en cuanto maneja con sumo equilibrio las dos valoraciones que a mi juicio son, más que imprescindibles, exigencias mínimas de rigor: la forma y el contenido. Samuel Vásquez consigue fusionarlas en este poema, con emoción e inteligencia parejas. Sus líneas tratan de las anotaciones encontradas en el cuadernillo de una secuestrada (antropóloga de la Universidad de Antioquia), siguen

una secuencia de bitácora y son, llegan a serlo, un grito, ese grito silencioso que paradójicamente en nuestro país casi alcanza a reventar los oídos.

18 de mayo

¿Mi palabra recobrará su voz
[algún día?
La página blanca es página de
[vigilia y de
ánimo.

20 de mayo

La lluvia es mi paisaje interior.
Por donde camino no hay acera.
¿Qué umbrío camino es este
donde olvido el nombre de la
[rosa?

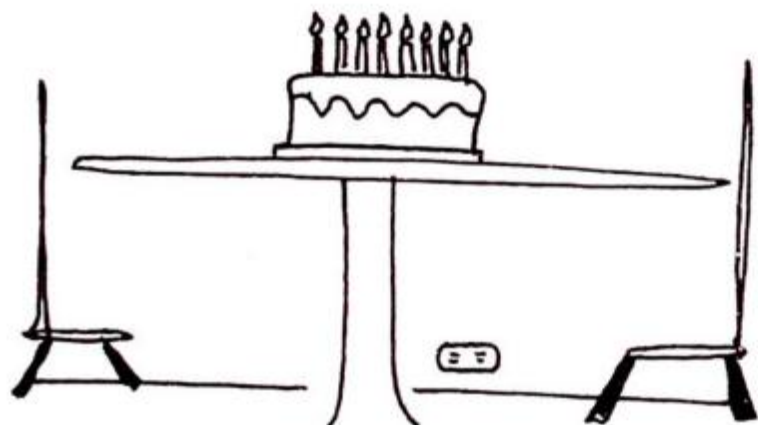
Con ojos de sonámbula ciega
espanto el aire de mi miedo.

30 de agosto

Mi cuerpo desierto añora el
[agua de tus ojos.
Ah, hipocresía que asestas tu
[hacha bruñida
sobre el rosado cuello del deseo.

8 de septiembre

[...]
[Del aparte *Raquel, un grito silencioso*, pág. 33]



Si bien el libro gana en vivacidad y en vigor cuando lo estético gana sobre lo ético, en general Samuel Vásquez incrusta sus pensamientos en sus emociones sin caer en excesos ni demasías. El ejercicio de la reflexión emotiva pese a que, como ya se dijo anteriormente, en ciertos momentos pareciera agotar una y otra vez las posibilidades del poemario, nunca lo lleva a prodigar efectos gratuitos ni expresiones vacías, de suerte que sus páginas trasuntan un equilibrio y una me-

sura poco comunes en la poesía que se está escribiendo en nuestro tiempo. Desde luego, los antecedentes de esta manera de decir y hacer la poesía y hacer el poema son, si no numerosos, sí de connotada trascendencia:

XXXVI

La mujer es el anverso del ser.
Antonio Machado
[De *De un cancionero apócrifo*]

169

La lucidez es la herida más
[cercana al sol.

René Char

[De *Las hojas de hipnos*]

La poesía es una rama de la
[gramática de la cual, a veces,
[brotan flores.

Juan Calzadilla

[De *Malos modales*]

El futuro es el pasado que se
[acerca.

Samuel Vásquez

[Del aparte *Erratas de fe*, pág. 86]

Quizá porque Vásquez maneja los sentimientos como objetos de estudio filosófico, en sus piezas la intuición y la reflexión, el impulso primario y el carácter que les abre paso, aparecen indisolublemente ligados, como si una firme y resuelta voluntad de estructura rigiera su inspiración y le permitiera concebir —en una curiosa coincidencia de opuestos— unidades estrictamente líricas, llenas de coherencia y rigor, “que —para decirlo, con las palabras del magnífico poeta brasileño Lêdo Ivo, a quien los versos de Samuel Vásquez resultaron insólitos y lapidarios— envuelven creación poética y vida en un mismo abrazo y en un mismo fulgor”.

Hay que aclarar, por supuesto, que *En las palabras son puentes que nos separan*, teniendo en cuenta su condición de libro de poesía y no de aforismos, obviamente predominan las sublimaciones antes que los cuestionamientos cerebrales. Una prioridad evidenciada en el libro y

subrayada igualmente en estas líneas que forman parte de él:

La palabra poética es una de las formas más bellas de la intuición. La inteligencia toca; la intuición ve. Pero la vista tiene mayor alcance que los brazos.

[Del aparte *Erratas de fe*, pág. 76]

Finalmente, no es descabellado decir que, como el filósofo francés de origen rumano Émile Michel Cioran, Samuel Vásquez es un “esteta de la desesperación” o un “cortesano del vacío”.

GUILLERMO
LINERO MONTES

La música de las horas pasadas

La música de las horas

Juan Felipe Robledo

Premio Nacional de Poesía 2001,
Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002,
104 págs.

I

Cuando se supo que la mayor parte del jurado del Premio Nacional de Poesía 2001, convocado por el Ministerio de Cultura, la integrarían los colombianos Renata Durán y Belisario Betancur, una buena porción de poetas amigos o conocidos (en ambos casos, poetas reconocidos), desistieron de participar en él, al menos inicialmente, pues el menguado perfil que en cuestión de poesía tienen entre entendidos tanto Renata Durán como el ex presidente Belisario Betancur los descalificaba en dicho papel. Por otra parte, los aburría saber que el jurado sin rostro —el que integraba el filtro preseleccionador— fuera más importante que el jurado capital, por el mero hecho de haber sido contratado, quierase o no, para definir el perfil estético y cognitivo de las obras finalistas; y no era ni es con-